

COOPERAR CON EL MINISTERIO CELESTIAL DEL CRISTO ASCENDIDO

(Día del Señor: primera sesión de la mañana)

Mensaje siete

Practicar la vida de iglesia bajo el ministerio de Cristo, quien es el Ministro del tabernáculo verdadero y celestial

Lectura bíblica: He. 8:2, 6; 2:10-12; 1:9; 3:6; 4:9; 7:22; 9:15; 12:22-24, 28; 13:1-19

I. El Cristo ascendido es un “Ministro de los lugares santos, de aquel verdadero tabernáculo”—He. 8:2:

- A. Cristo, como Ministro del tabernáculo verdadero (celestial), nos infunde los cielos (los cuales no son sólo un lugar, sino también una condición de vida).
- B. El Cristo actual, quien está ahora en los cielos como nuestro Ministro, nos ministra la vida, la gracia, la autoridad y el poder celestiales, y nos sustenta para que vivamos una vida celestial en la tierra, así como él la llevó cuando estuvo aquí—1:3; 4:14; 7:26; 9:24.
- C. El Cristo celestial ministra en el tabernáculo “que levantó el Señor, y no el hombre”—8:2:
 - 1. Este tabernáculo, este santuario, está en el tercer cielo, donde se encuentra el Lugar Santísimo celestial.
 - 2. El Lugar Santísimo celestial, donde Cristo ministra en beneficio nuestro, está conectado a nuestro espíritu—4:12.
 - 3. El ministerio de Cristo en los cielos atiende a nuestras necesidades—v. 15:
 - a. Desde los cielos, Cristo ministra infundiéndose en nosotros como alimento, como nuestro suministro de vida, a manera de impartición.
 - b. Como Ministro que se hace cargo de nuestras necesidades, Él lleva a cabo la economía de Dios—Ef. 1:10.
- D. Todo cuanto Cristo realiza como Ministro celestial, Él nos lo aplica como Espíritu—1 Co. 15:45; 2 Co. 3:17:
 - 1. El suministro del cual tenemos necesidad procede del Cristo que es tanto el Señor en los cielos como el Espíritu dentro de nosotros—Hch. 2:36; Ro. 8:11.
 - 2. Ahora podemos experimentarle en el ejercicio de todas Sus funciones como Aquel que ascendió—He. 1:3; 9:24; 12:2.
 - 3. Como Ministro celestial, Él nos transmite todo cuanto necesitamos procedente de Dios el Padre, la fuente, a nuestro espíritu para abastecernos y sustentarnos.
- E. En Su ministerio celestial como Ministro del verdadero tabernáculo, Cristo sirve al pueblo de Dios con los legados, las bendiciones, del nuevo testamento—7:22; 8:6; 9:15:
 - 1. Como nuestro Ministro celestial con un ministerio más excelente, Cristo lleva a cabo el mejor pacto—7:22:
 - a. Él hace esto al hacer eficaces los hechos del nuevo pacto.

- b. Todo hecho contenido en el nuevo pacto es hecho eficaz para nosotros por el Ministro celestial con Su ministerio más excelente—9:15; 8:6.
- 2. Todo aquello que sea un hecho en el nuevo pacto es un legado en el nuevo testamento; Cristo, el Ministro celestial, hace cumplir los legados contenidos en el nuevo testamento—9:15-17; 10:16-18.

II. En la Epístola a los Hebreos se revelan varios aspectos de la iglesia:

- A. La iglesia es una entidad viviente compuesta de los muchos hijos de Dios, quienes son los muchos hermanos de Cristo producidos en Su resurrección—2:10-12; Ro. 8:29; Jn. 20:17; He. 1:5; 5:5; Hch. 13:33; 1 P. 1:3:
 - 1. Dios es nuestro Padre divino, y nosotros somos Sus hijos divinos nacidos de Su vida divina con Su naturaleza divina—Jn. 20:17; Ef. 1:5; Gá. 3:26; Jn. 1:12-13; 2 P. 1:4.
 - 2. Nosotros, los muchos hermanos de Cristo, somos iguales al Hijo primogénito; Él es divino y humano, y nosotros somos humanos y divinos—He. 2:11; 1:6; Ro. 8:29.
 - 3. La iglesia es un organismo que tiene dos vidas y dos naturalezas combinadas y mezcladas conjuntamente—Lv. 2:1-16:
 - a. La iglesia es absolutamente un asunto de vida: la vida divina y la vida humana elevada y resucitada—Ro. 1:3-4.
 - b. La iglesia tiene dos naturalezas: la naturaleza humana y la naturaleza divina; por ende, la iglesia es tanto humana como divina—He. 2:14, 11.
- B. La iglesia es una sociedad corporativa con Cristo—3:14; 1:9:
 - 1. La meta de la operación de Dios en el universo es lograr una expresión gloriosa de Sí mismo—2:10; Jn. 17:1, 5, 22, 24; Ap. 21:10-11.
 - 2. El Hijo primogénito es el Heredero designado por Dios, y nosotros, los muchos hijos, hemos sido salvos a fin de ser coherederos Suyos, no sólo para heredar la salvación, sino también para heredar todas las cosas juntamente con Él—He. 1:14; Ro. 8:17; Gá. 4:7; Ef. 3:6; Tit. 3:7.
 - 3. Debido a que Cristo, el Hijo primogénito de Dios, es el Heredero designado por Dios, y nosotros, los muchos hijos de Dios, somos Sus coherederos, nosotros somos socios de Cristo—He. 1:9; 3:14.
 - 4. Nosotros, como socios de Cristo, participamos en Su unción y cooperamos con Él en Su operación a fin de alcanzar la meta de la economía de Dios, que es la expresión gloriosa del Ser Divino—1:9; 2 Co. 1:21; Ap. 21:10-11.
- C. La iglesia, el agrandamiento de Cristo, es el reposo sabático—Jn. 2:19, 21; 3:29a, 30; 1 Co. 12:12; He. 3:6; 4:9:
 - 1. El Cristo individual es el Sábado de Dios (Mt. 11:28-29), y la iglesia es el agrandamiento de Cristo; por lo tanto, la iglesia también es el reposo sabático de Dios.
 - 2. La iglesia es la satisfacción y el reposo de Dios porque en la iglesia Dios tiene Su morada para Su expresión y representación—Ef. 2:22.
- D. Venir a la iglesia equivale a venir al nuevo pacto y a la Nueva Jerusalén celestial—He. 12:22-24; 8:7-13; 11:10, 16; Gá. 4:24-26:
 - 1. El nuevo pacto, la Jerusalén celestial y la iglesia son una sola entidad.
 - 2. Recibir el nuevo pacto equivale a entrar en la Nueva Jerusalén y venir a la iglesia:

- a. Hebreos 8 indica que el antiguo pacto de la ley ha sido reemplazado por el nuevo pacto.
- b. Hebreos 12 dice que nos hemos acercado al monte Sion, a la ciudad del Dios vivo, al Mediador del nuevo pacto y a la iglesia—vs. 22-24.
- E. La iglesia es el reino inconmovible de Dios—12:28:
 - 1. El reino inconmovible que recibimos es Cristo con Su agrandamiento:
 - a. El reino en realidad es el Señor mismo como reino en nuestro interior—Lc. 17:20-21; Mr. 4:3, 26.
 - b. Si bien la iglesia es el aumento de Cristo en vida, el reino es el aumento de Cristo en administración.
 - 2. En la iglesia vivimos en el reino de Dios hoy—Jn. 3:3, 5; Ro. 14:17; Ap. 1:9.

III. Hebreos 13:1-19 habla acerca de las virtudes y experiencias necesarias para practicar la vida de iglesia:

- A. Este capítulo, como lo indica su contenido, se escribió con miras a tener una vida de iglesia apropiada; casi todo lo mencionado aquí, tal como el amor fraternal y la hospitalidad, tiene como objetivo la vida de iglesia, y no solamente la vida cristiana—vs. 1-7, 16-18.
- B. Para tener una verdadera y perseverante vida de iglesia, debemos asirnos al Cristo que es el mismo ayer, hoy y por siempre, y no debemos dejarnos llevar de enseñanzas diversas y extrañas—vs. 8-9.
- C. Cuanto más estemos en nuestro espíritu, disfrutando al Cristo celestial, más saldremos fuera del campamento de la religión, siguiendo a Jesús en Sus sufrimientos—vs. 12-14.
- D. Puesto que en la vida de iglesia disfrutamos como gracia al Cristo inmutable y le seguimos fuera de la religión, debemos por intermedio Suyo ofrecer sacrificios espirituales de alabanza a Dios—v. 15:
 - 1. En la iglesia siempre debemos ofrecer por medio de Cristo un sacrificio de alabanza a Dios.
 - 2. En la iglesia Él canta en nosotros himnos de alabanza a Dios el Padre (2:12), y en la iglesia nosotros también debemos alabar a Dios el Padre por medio de Él.
 - 3. Finalmente, en la iglesia, Él y nosotros, nosotros y Él, alabamos al Padre juntos en el espíritu mezclado—v. 12; 13:15:
 - a. Él, como Espíritu vivificante, alaba al Padre en nuestro espíritu, y nosotros, por medio de nuestro espíritu, alabamos al Padre en Su Espíritu.
 - b. Éste es el mejor y más elevado sacrificio que podemos ofrecer a Dios por medio de Cristo el Hijo.
 - c. Esto es muy necesario en las reuniones de la iglesia.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

CRISTO EN ASCENSIÓN

Ministro del tabernáculo verdadero (celestial)

Hebreos 8:2 dice que el Cristo ascendido es un “Ministro de los lugares santos, de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”. Cristo, como Ministro del tabernáculo verdadero (celestial), nos infunde los cielos (los cuales no son sólo un lugar, sino

también una condición de vida) a fin de que tengamos la vida y el poder celestiales para llevar una vida celestial sobre la tierra, así como Él lo hizo mientras estuvo aquí.

El Cristo celestial ministra en un tabernáculo levantado por el Señor mismo, y no por el hombre. Este tabernáculo, este santuario, está en el tercer cielo, donde se encuentra el Lugar Santísimo celestial. El Lugar Santísimo celestial, donde Cristo ministra en beneficio nuestro, está conectado a nuestro espíritu. El ministerio de Cristo en los cielos atiende a nuestras necesidades. Desde los cielos, Cristo ministra infundiéndose en nosotros como alimento, como nuestro suministro de vida, a manera de impartición. Como Ministro que se hace cargo de nuestras necesidades, Él lleva a cabo la economía de Dios.

Todo cuanto Cristo realiza como Ministro celestial, Él nos lo aplica como Espíritu. Todo lo que Él ministra es transmitido a nuestro espíritu. Debido a que el Señor, quien está en los cielos, y el Espíritu, quien está en nuestro espíritu, son uno, se produce una continua transmisión entre los cielos y nuestro espíritu, de modo que todo cuanto se realiza allá es inmediatamente aplicado aquí.

El suministro del cual tenemos necesidad procede del Cristo que es tanto el Señor en los cielos como el Espíritu dentro de nosotros. Él intercede por nosotros y cuida de nosotros. Ahora podemos experimentar en el ejercicio de todas Sus funciones como Aquel que está en ascensión. En particular, como Ministro celestial Él nos transmite todo cuanto necesitamos procedente de Dios el Padre, la fuente, a nuestro espíritu para abastecernos y sustentarnos. En esto consiste la impartición del Dios Triuno en nuestro ser. (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 353-354)

Como Ministro del verdadero tabernáculo, Él sirve al pueblo de Dios con los legados del nuevo testamento

Finalmente, en Su ministerio celestial, Cristo es un Ministro del verdadero tabernáculo celestial (He. 8:2), quien sirve al pueblo de Dios con los legados, las bendiciones, del nuevo testamento. Como nuestro Ministro celestial con un ministerio más excelente, Cristo lleva a cabo el mejor pacto. Él logra esto al hacer eficaces los hechos del nuevo pacto. Todo hecho contenido en el nuevo pacto es hecho eficaz para nosotros por el Ministro celestial con Su ministerio más excelente.

Cristo, el Ministro celestial, también hace cumplir los legados contenidos en el nuevo testamento. Todo aquello que sea un hecho en el pacto es un legado en el testamento. Los hechos se refieren a ciertas cosas que han sido logradas, pero que no han sido asignadas hasta que son legadas. Después que los hechos cumplidos han sido legados, inmediatamente se convierten en legados asignados a nosotros. Todo cuanto está en el pacto es un hecho, pero todo lo que está en el testamento es un legado. Lo que eran hechos en el pacto ahora han sido legítimamente asignados a nosotros como legados en el testamento. Hay cuatro hechos del nuevo pacto que se han convertido en legados en el nuevo testamento: la propiciación por las injusticias y el perdón de pecados; la impartición de la ley de vida; la bendición de tener a Dios y ser Su pueblo; y la capacidad interna de conocer al Señor. En la obra que realiza en Su ministerio celestial, Cristo ahora nos sirve con estos legados. (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 850-851)

Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos

Hebreos 13:8 dice: “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. Debemos recordar que el escritor de Hebreos dijo esto después que Cristo ascendió a los cielos. Antes de Su

ascensión, el Señor experimentó cambios, es decir, pasó por ciertos procesos. En la eternidad pasada, Cristo era únicamente el Hijo de Dios, no el Hijo del Hombre. Él no tenía humanidad, la carne. Sin embargo, en Su encarnación Cristo experimentó un cambio al vestirse de humanidad y llevar sobre Sí la carne (Jn. 1:1, 14). Después, Cristo pasó por la muerte y entró en resurrección. En resurrección Él, como postrer Adán, fue transfigurado para llegar a ser el Espíritu vivificante. Por tanto, Él cambió para llegar a ser aquello que no había sido antes: el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Después de pasar por todos Sus procesos —incluyendo la encarnación, el vivir humano, la crucifixión, la resurrección y la ascensión— Cristo, la corporificación de Dios, ahora ha sido procesado y consumado. Que Jesucristo siga siendo el mismo ayer, hoy y por los siglos no significa que Cristo no haya pasado por tales procesos desde la eternidad pasada, a través del tiempo y en la eternidad futura; más bien, al pasar por tales procesos, Cristo experimentó muchos cambios. No obstante, habiendo pasado por tales procesos y habiéndolos completado, Él ha sido procesado y consumado, y como tal, Él ahora posee divinidad, humanidad, el vivir humano, la crucifixión todo-inclusiva, la resurrección que todo lo supera y la ascensión que todo lo trasciende. Como el Cristo que ha sido procesado y consumado, Él sigue siendo el mismo y seguirá siendo el mismo por siempre.

Cristo, quien es la palabra que los ministros de la palabra de Dios mencionados en Hebreos 13:7 predicaban y enseñaban, quien es la vida que ellos vivían y quien es el Autor y Perfeccionador de su fe, es perpetuo, inmutable y no cambia. Él permanece para siempre (1:11-12). No se debe predicar ni otro Jesús ni otro evangelio en la iglesia (2 Co. 11:4; Gá. 1:8-9). Para tener una verdadera y perseverante vida de iglesia, debemos asirnos al Cristo que es el mismo ayer, hoy y por siempre, y no debemos dejarnos llevar de enseñanzas diversas y extrañas (He. 13:9).

Salimos fuera del campamento llevando Su vituperio

Hebreos 13:13 dice: “Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, llevando Su vituperio”. La puerta en el versículo 12 se refiere a la puerta de la ciudad de Jerusalén, la cual representa la esfera terrenal, mientras que el campamento en el versículo 13 se refiere al tabernáculo, que representa la organización humana. Las dos cosas en conjunto representan una sola: la religión judía con sus dos aspectos, el terrenal y el humano. El judaísmo es tanto terrenal como humano. Cristo fue crucificado fuera de la puerta gubernamental, la puerta de la ciudad de Jerusalén; pero nosotros debemos seguirle al salir fuera del campamento religioso, llevando Su vituperio. Esto significa que estamos pasando a través del proceso de sufrimiento por el cual Él pasó. Como aquellos que sufren, llegaremos a ser igual a Él.

Si hemos de ser cristianos apropiados, tenemos que experimentar a Cristo en el camino de salida del campamento a fin de llevar Su vituperio, siguiéndole en la senda santificadora de la cruz. Tenemos que experimentar a Cristo en este aspecto particular. Si hemos de experimentar en este aspecto, tenemos que entrar “hasta dentro del velo” (6:19-20), esto es, en el Lugar Santísimo, para disfrutar a Cristo como nuestro Santificador celestial en Su sacerdocio celestial (10:19-20).

“Fuera del campamento” y “hasta dentro del velo” (13:13; 6:19) son dos puntos muy notables en el libro de Hebreos. Pasar más allá del velo significa entrar en el Lugar Santísimo, donde el Señor está entronizado en gloria, y salir del campamento significa salir de la religión, de donde el Señor fue arrojado al ser rechazado. Esto significa que debemos estar en nuestro espíritu, donde ahora, en nuestra experiencia y en términos prácticos, está el Lugar Santísimo, y que debemos estar fuera de la religión, donde hoy en día, en términos prácticos, está el campamento. Cuanto más estemos en nuestro espíritu, disfrutando al Cristo celestial,

más saldremos del campamento de la religión, siguiendo a Jesús en Sus sufrimientos. Estar en nuestro espíritu y disfrutar al Cristo glorificado nos capacita para salir del campamento de la religión y seguir al Jesús rechazado. Cuanto más permanezcamos en nuestro espíritu para tener contacto con el Cristo celestial, quien está en la gloria, más saldremos del campamento de la religión e iremos al humilde Jesús para sufrir con Él. Al tener contacto con Cristo en los cielos y al disfrutar Su glorificación, recibimos energía para tomar el angosto camino de la cruz en la tierra y para llevar el vituperio de Jesús.

Primero, el libro de Hebreos nos presenta una visión clara del Cristo celestial y del Lugar Santísimo celestial, y luego nos muestra cómo andar en la tierra en el camino de la cruz, es decir, cómo ir a Jesús fuera del campamento, fuera de la religión, llevando el vituperio de Jesús. Incluso Moisés, después que los hijos de Israel adoraron al becerro de oro (Éx. 32), se fue a un lugar fuera del campamento, donde todo aquel que buscaba al Señor iba para reunirse con él, porque tanto la presencia como el hablar del Señor estaban allí (33:7-11). Debemos salir del campamento para disfrutar la presencia del Señor y para oír Su hablar. Nuestro espíritu tiene que estar en los cielos con Cristo, y nuestras pisadas tienen que ir con Jesús fuera del campamento de la religión. Todas estas cosas son necesarias para tener una vida de iglesia apropiada y práctica.

Cristo es nuestra ofrenda, nuestra porción ofrecida a Dios en nuestro favor que es presentada en el altar de la cruz. La manera de disfrutarlo a Él como nuestra porción tiene dos aspectos: por un lado, el Cristo ascendido que está en los cielos es disfrutado por nosotros en nuestro espíritu; por otro, debemos seguir Sus pisadas fuera del campamento y llevar Su vituperio. De estas dos maneras podemos disfrutar plenamente a Cristo como nuestra porción. La manera en que podemos disfrutar a Cristo consiste en entrar hasta dentro del velo y salir del campamento. Entrar hasta dentro del velo es disfrutar al Cristo celestial en nuestro espíritu, y salir del campamento es renunciar a la religión organizada para seguir a Jesús. No hay otra manera de disfrutarlo a Él plenamente. Cuanto más le disfrutamos como el Melquisedec celestial en nuestro espíritu, más saldremos fuera del campamento y renunciaremos a la religión organizada.

Llevar sobre nosotros el vituperio del Señor significa llevar el mismo vituperio que Él llevó; esto es llevar Su deshonra u oprobio. Además, llevar Su vituperio es llevar la cruz (Mt. 16:24). Cuanto más menospreciados seamos, más felices debemos sentirnos porque ello significa que estamos llevando la cruz. El vituperio que Él sufrió ahora ha llegado a ser el vituperio que nosotros sufrimos. Cuando el Señor Jesús estaba en la tierra, Él sufrió el vituperio de la religión. Ahora nosotros, como Sus seguidores, tenemos que llevar Su vituperio al sufrir el vituperio de la religión. Esto es ser copartícipes de la tribulación en Jesús (Ap. 1:9). Ésta es la única manera en que podemos seguir a Cristo y disfrutarle como nuestra porción. Éste es el camino de la fe, el camino de la cruz, el cual es un camino estrecho por el cual podemos disfrutar a Cristo de manera práctica. Que el Señor nos conceda Su gracia a fin de que pongamos esto en práctica.

Por un lado, estamos detrás del velo; por otro, estamos fuera de la ciudad, fuera del campamento. Por un lado, estamos en el Lugar Santísimo; por otro, estamos ante los hombres. Internamente, disfrutamos al Cristo resucitado, y externamente, seguimos a Jesús. Cuando oramos en nuestra habitación por la mañana, contactamos a Cristo. Podemos comparar esto a la Sulamita y a Salomón que vivían y tenían comunión juntos en palacios de marfil (Sal. 45:8; Cnt. 1:4). Contactamos al Señor en la recámara interna, en el Lugar Santísimo, en el lugar secreto. Cuando testificamos por el Señor y laboramos para el Señor en nuestro vivir externo,

podemos ser comparados con Abigail, quien peregrinaba con David en el desierto (1 S. 25:39-42).

Todos los días experimentamos estos dos aspectos. Por un lado, estamos dentro del velo como la Sulamita, esto es, vivimos en el Lugar Santísimo y disfrutamos al Cristo resucitado y glorificado, Aquel que es mayor que Salomón (Mt. 12:42). Por otro, estamos fuera del campamento como Abigail, esto es, vivimos en el mundo y seguimos al humilde Jesús (v. 3). Al igual que la Sulamita, internamente permanecemos en los palacios de marfil y tenemos comunión con el Señor, el verdadero Salomón; y al igual que Abigail, vivimos y laboramos externamente siguiendo al Señor, el verdadero David, a la guerra y al sufrimiento. Aquel a quien tenemos internamente es el Cristo resucitado, mientras que Aquel a quien tenemos externamente es Jesús el nazareno. Internamente, tenemos el disfrute propio de la Sulamita en el lugar secreto; y externamente, manifestamos públicamente el vivir de Abigail.

No solamente disfrutamos internamente al Cristo resucitado, sino que también seguimos externamente al Jesús sufriente. Quizás nuestros colegas, parientes, vecinos y amigos nos hostiguen y molesten cuando testificamos por el Señor. En tales ocasiones, andamos externamente por una senda estrecha similar a la de Jesús el nazareno. No obstante, mientras las personas nos molestan, nos hostigan, se oponen a nosotros y nos acosan, disfrutamos internamente al Cristo resucitado.

Filipenses 3:10 dice: “A fin de conocerle, y el poder de Su resurrección, y la comunión en Sus padecimientos, configurándome a Su muerte”. En lo que a Cristo se refiere, Él primero experimentó el sufrimiento y después la resurrección. En lo que a nosotros se refiere, primero tocamos la resurrección y después experimentamos los sufrimientos. Él murió y después resucitó, pero nosotros resucitamos para después morir. Nadie puede tomar el camino de la cruz por sí mismo; tampoco nadie puede seguir las pisadas de Jesús el nazareno por sí mismo. No es sino hasta que una persona toca y contacta internamente al Cristo resucitado, de modo que Él entre en ella, que tal persona puede afirmar: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20). Es el Cristo resucitado en nosotros quien nos conduce a seguir al Jesús sufriente. Él anduvo por el camino de la cruz y entró en nosotros en resurrección. Ahora Él nos conduce a tomar el camino de la cruz.

Cuando ingresamos hasta dentro del velo al entrar en nuestro espíritu, gustamos la dulzura del Cristo celestial de modo que podamos ser capacitados para salir del campamento, abandonando la tierra y el amor por ella. Al permanecer dentro del velo, también nuestro espíritu es lleno de la gloria del Cristo celestial de modo que nuestro corazón pueda ser liberado de ser poseído por los disfrutes terrenales al estar fuera del campamento. Además, dentro del velo contemplamos al Cristo glorificado de modo que podamos ser atraídos a seguir al Jesús sufriente fuera del campamento. Contemplar Su semblante en los cielos nos capacita para seguir Sus pisadas en la tierra. Al entrar hasta dentro del velo, somos infundidos con el poder de resurrección (Fil. 3:10) de modo que podamos ser fortalecidos para andar por el camino de la cruz y salir fuera del campamento. También participamos en el ministerio del Cristo celestial de modo que podamos ser equipados para ministrar Cristo a los espíritus sedientos fuera del campamento. Aquí disfrutamos de lo mejor del Señor de modo que seamos enriquecidos para poder satisfacer las necesidades de las personas que están fuera del campamento.

El Lugar Santísimo, el camino de la cruz (lo cual vemos representado en la frase: “Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, llevando Su vituperio”) y el reino son tres asuntos cruciales presentados en el libro de Hebreos. El Lugar Santísimo con su rico suministro nos

capacita para seguir el angosto y difícil camino de la cruz, el cual nos conduce al reino en su manifestación, a fin de obtener el galardón de la gloria.

Por medio de Él ofrecemos siempre a Dios un continuo sacrificio de alabanza

Hebreos 13:15 dice: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan Su nombre”. Este versículo nos presenta un pensamiento profundo. Cuando llevamos el vituperio de Jesús y sufrimos por causa de Él, con frecuencia gemimos y no ofrecemos alguna alabanza a Dios. Pero el escritor del libro de Hebreos nos dice que cuando pasemos por tal vituperio y sufrimientos, siempre debemos ofrecer un continuo sacrificio de alabanza a Dios.

El versículo 15 es la continuación de los versículos del 8 al 14. Puesto que en la vida de iglesia disfrutamos como gracia al Cristo inmutable y le seguimos fuera de la religión, debemos por intermedio Suyo ofrecer sacrificios espirituales a Dios. Primero, en la iglesia debemos ofrecer continuamente por medio de Él un sacrificio de alabanza a Dios. En la iglesia Él canta en nosotros himnos de alabanza a Dios el Padre (2:12). En la iglesia nosotros también debemos alabar a Dios el Padre por medio de Él. Finalmente, en la iglesia, Él y nosotros, nosotros y Él, alabamos al Padre juntos en el espíritu mezclado. Cristo, como Espíritu vivificante, alaba al Padre en nuestro espíritu, y nosotros, por medio de nuestro espíritu, alabamos al Padre en Su Espíritu. Éste es el mejor y más elevado sacrificio que podemos ofrecer a Dios por medio de Él. Esto es muy necesario en las reuniones de la iglesia.

Por medio del Cristo que hemos experimentado y disfrutado, debemos ofrecer sacrificio de alabanza a Dios continuamente. La verdadera alabanza en las reuniones tiene que estar constituida de nuestras experiencias de Cristo. Las alabanzas más dulces que podemos ofrecer al Padre son aquellas que ofrecemos a Cristo y que tratan acerca de Cristo. No hay nada más placentero al corazón del Padre que esto. La verdadera adoración al Padre consiste en la ofrenda de Su Hijo. En la predicación del evangelio, les decimos a los pecadores que Cristo es el Hijo de Dios, quien nos redimió y puede salvarnos e introducirnos en el Padre. Si ministramos a los incrédulos tales cosas con respecto a Cristo, esto constituye la verdadera adoración al Padre. Adorar a Dios el Padre es simplemente presentarle el Hijo de Dios. La verdadera alabanza al Padre procede de nuestra experiencia de Cristo en nuestra vida diaria. Ésta es una alabanza muy grata para el Padre, la cual hace que Su corazón se alegre y regocije. El Padre desea que le glorifiquemos con el Hijo. Si glorificamos al Hijo, glorificamos al Padre. Cuando glorificamos al Hijo, el Padre es glorificado en que el Hijo sea glorificado por nosotros (Jn. 17:1). Las alabanzas nacidas de nuestra experiencia y disfrute de Cristo —las alabanzas espirituales referentes a Cristo— son las mejores alabanzas al Padre.

Hebreos 13:16 procede a hablarnos acerca “de hacer bien y de la ayuda mutua”. “Hacer bien” se refiere a dar, y “la ayuda mutua” se refiere a tener comunión, es decir, a tener comunión con respecto a las necesidades de los santos. Hacer bien de este modo y tener esta comunión con otros también son sacrificios que debemos ofrecer a Dios. Esto también es necesario para tener una vida apropiada de iglesia. Sería verdaderamente impropio que en la iglesia a algunos santos necesitados no se les cuidara bien ni se les ministrara. Esto significaría que no hay comunión con los demás o que dicha comunión es inadecuada. (*La conclusión del Nuevo Testamento*, págs. 4017-4025)